

DON LUIGI GIUSSANI
1922-2005

Los textos del vídeo *Don Luigi Giussani 1922-2005*, distribuido en Italia el 21 de febrero de 2015 con el diario “Corriere della sera”.

Introducción

Conocer a don Giussani, su mirada, su apasionada humanidad

Este vídeo quiere recordar a don Giussani en el décimo aniversario de su subida al cielo. La publicación del libro *Vida de don Giussani*, sus numerosas presentaciones y el vídeo *Un camino hermoso*, realizado con ocasión del 60 aniversario del nacimiento de Comunión y Liberación, han suscitado un interés por la figura de don Giussani que ha ido mucho más allá de cuanto se podía imaginar. Yo soy el primer sorprendido.

A lo largo de estos meses hemos visto crecer el deseo de conocerle cada vez más: muchos de los que han oído hablar de él, han leído su biografía o han visto lo que de él ha nacido y se ha irradiado por todo el mundo, han manifestado su deseo de saber cómo era, cómo hablaba, cómo se expresaba. ¿Cómo responder a esta curiosidad? ¿Cómo compartir con todos lo que nos ha sucedido a quienes le conocimos?

De estas preguntas surgió la idea de realizar un vídeo que permitiese a las personas que no le conocieron personalmente, “encontrar” el rostro de don Giussani, su mirada, su temperamento, su apasionada humanidad frente a las circunstancias; sorprender en la voz de don Giussani qué significó para él el encuentro con Cristo; ver la diferencia humana que Cristo genera y la fascinación que produce un hombre que Le reconoce presente.

Apenas se le insinuó esta idea al director del *Corriere della Sera*, Ferruccio de Bortoli, la acogió de inmediato. Le agradecemos que haya aceptado la realización de este vídeo que, de algún modo, satisface el deseo de “mirar hablar” a don Giussani.

Gracias a la vida y a las palabras de don Giussani hemos descubierto que el cristianismo es una realidad atrayente; a él le debemos el interés por nuestra vida y porque nuestra vida sea un camino humano. Este atractivo no nos ha abandonado nunca; aunque a trompicones, equivocándonos mil veces y levantándonos otras mil, nunca hemos elegido otro camino.

El protagonista de este vídeo es don Giussani, un hombre llamado por Dios, que en virtud de esa llamada llegó a ser el protagonista de una historia que, a pesar de los diez años transcurridos desde su muerte, no se ha interrumpido: a partir de su “sí”, florecieron otros “síes”, otros “yos”, gente de lo más normal que vive hoy de la misma novedad que don Giussani testimonió con su vida.

¡Que disfrutéis del vídeo!

Julián Carrón

Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

EL PROBLEMA HUMANO FUNDAMENTAL

El problema humano fundamental, el problema de cualquier hombre en cualquier tiempo, hasta el final de la historia, desde que resonó el mensaje de que Dios se hizo hombre y ha entrado en el mundo, el problema fundamental de la vida es este; no se puede concebir un problema mayor que este; el hombre no puede imaginar un problema más grande para su libertad. Cristo, sí o no.

*

«¿De qué te sirve ganar el mundo entero si te pierdes a ti mismo? ¿Qué dará el hombre a cambio de sí mismo?» Así surgió en el mundo el sentido del respeto, la veneración, el apego, el amor, la confianza, la responsabilidad por la persona. La persona.

El cristianismo no nació para fundar una religión, nació como pasión por el hombre.

El amor al hombre, la veneración por el hombre, la ternura por el hombre, la pasión por el hombre, la estima absoluta por el hombre.

*

«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?». Ninguna pregunta me ha impresionado en la vida tanto como ésta.

*

En este instante no existe nada más profundo y estremecedor –y al mismo tiempo más evidente para mí– que el hecho de que no me estoy haciendo yo, de que no me doy el ser yo. Lo que es más mío en este instante es algo que me es dado. Si en este preciso instante hay una evidencia experimentalmente imponente, fascinante y tremenda es que en este momento debería decir: «Tú que me haces».

Sea como sea, soy hecho, soy dado, soy un don de Otro -de Otro- que se oculta justamente en la palabra «Misterio».

*

El misterio de la misericordia desborda cualquier imagen humana de tranquilidad o de desesperación; también el sentimiento de perdón pertenece al misterio de Cristo. La misericordia del Misterio queda como la última palabra, aun por encima de todas las negras posibilidades de la historia.

Por eso la existencia expresa su último ideal mendigando. El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo.

*

PERIODISTA: ¿Por qué le esperaban así?

DON GIUSSANI: Porque creo en lo que digo.

PERIODISTA: ¿Eso y nada más?

DON GIUSSANI: ¡Sí!

*

El yo humano tiene sed de este Dios; Es decir... como afirma Jesús, «tiene sed de vida eterna». Sin esta sed todo sería opaco, oscuro, una nada indigesta: cuanto más hombre fuera uno, cuanto más

consciente y apasionadamente amante fuera un yo, más sofocante e intolerable le resultaría todo. El yo tiene sed de eternidad, el yo es relación con el infinito, es decir, con una realidad que está más allá de los límites de cualquier realidad conocida.

*

¡El infinito es una *realidad*! Toda la esencia del hombre, toda la esencia y la dignidad, la pasión, sí, el ardor y la conmoción que el yo humano suscita en quien lo mira como si estuviera en un teatro, se pone de manifiesto cuando el yo se descubre diciendo «tú»; cuando el hombre, ante una persona que no conocía... o cuando, alcanzada cierta madurez, por primera vez se sorprende diciendo «tú» conscientemente. ¡Tú! Significa otra cosa: tú no eres yo. Y si tú no eres yo, yo no puedo abusar de ti, no puedo utilizarte, no puedo apropiarme de ti, no puedo robarte, no puedo plegarte a mis fines. ¡No! Entonces uno cae en la cuenta de qué quiere decir respeto, veneración, adoración. Un hombre que no haya vivido nunca un instante así con su mujer, jamás ha amado a su mujer. ¡Jamás!

UN SACERDOTE COMO OTRO CUALQUIERA DE LA DIÓCESIS DE MILÁN

¿De qué manera mi madre me comunicaba el sentido religioso que ella misma había recibido? ¿Cómo podía tener ese modo de leer el evangelio que me retenía allí, pegado a la mesa, cuando yo no llegaba nada más que al borde y me quedaba mirándola?

Me contaba de la Samaritana, me contaba... al igual que mi padre, que se acercaba a mi cama y me contaba la parábola del rico Epulón (era un socialista convencido, por lo tanto, todas las noches: ¡el rico Epulón!). Yo le escuchaba con la boca abierta, ¡y no me cansaba! Había algo en él era afín a esa historia, que era de la misma naturaleza de lo que pasó entonces; él lo sentía, revivía lo que había pasado, advertía la verdad que tenía para el día de hoy. Así, me narraba la parábola evangélica con el calor de alguien que comprueba en sus días la injusticia, o la justicia, la sed de justicia, el hambre de quien está hambriento y la saciedad de quien está saciado.

*

Todavía recuerdo ese instante y el estremecimiento que lo acompañó, la conmoción del momento en que el hecho de la existencia de Dios se convirtió para mí en una evidencia cargada de significado para la vida. Estaba en el seminario, en primero de Liceo, durante la clase de Historia de la música dedicada a Donizetti: el profesor hizo sonar en el tocadiscos un aria del cuarto acto de *La Favorita*. Cuando el soberbio tenor entonó: «*Spirto gentil, ne' sogni miei, brillasti un dì ma ti perdei*», al vibrar la primera nota entendí, conmovido, que lo que llamamos “Dios” –es decir, el destino inevitable por el que cualquier hombre viene al mundo– es el término de nuestra exigencia de felicidad, es esa felicidad cuya exigencia inmovible define el corazón humano. El yo humano, el corazón del hombre es exigencia de felicidad.

*

CHIARA BERIA DI ARGENTINE: Pero, ¿quién es don Giussani?

DON GIUSSANI: Es un sacerdote como cualquiera de la diócesis de Milán, que después de cumplir todo su itinerario como seminarista, todo entero, desde los diez años en adelante...

CHIARA BERIA DI ARGENTINE: ¿Es decir, que usted entró en el seminario con diez años?

DON GIUSSANI: Eh, sí. Siguió allí unos años como profesor. Luego salió de él para dedicarse, dando clase de religión en los institutos públicos, a comunicar la experiencia religiosa de modo que fuese más fácilmente aceptada por los jóvenes.

*

Acababa de volver de un viaje; en el tren me crucé con un grupo de estudiantes que iban a Cattolica. Empezamos cierto debate y yo –creyente– ante su pertinaz descreimiento, me daba cuenta perfectamente de que era superficial; en efecto, y este juicio me pareció cierto, era por ignorancia que decían lo que decían, hacían, se comportaban de esa manera... ¡por ignorancia! Esto quería decir que se les había dado el cristianismo habían conocido el cristianismo según una modalidad impropia, inadecuada, que no mostraba su verdadero significado, que no esclarecía su sentido para la vida: inadecuada. Es decir, era una cuestión de método. El método, el camino por el que les había llegado el cristianismo no era un camino sano, sanamente comprensivo de los valores que este cristianismo aseguraba a la vida. Por eso decidí abandonar el estudio de la teología, que de repente me pareció árido y abstracto ante esa situación, y me fui a dar clase de religión en un liceo milanés.

*

Mi historia es la historia de muchos que, por amor a los jóvenes, consiguen, por gracia de Dios –en este sentido se puede llamar «carisma»–, por gracia de Dios consiguen comunicarles certezas y un afecto del que de otro modo parecerían incapaces.

*

Subiendo esos tres peldaños a la entrada del Liceo Berchet, me decía: «¿Por qué vengo aquí? Vengo para ofrecer a estos chavales la posibilidad de que conozcan lo que yo he conocido. ¿Por qué yo he podido conocerlo y descubrir sus razones, y ellos no? Luego, su libertad marcará su camino como quiera».

*

CHIARA BERIA DI ARGENTINE: Usted ha dicho que vosotros, en realidad, lleváis adelante los verdaderos motivos que inspiraron el 68. ¿Nos puede explicar mejor esta afirmación?

DON GIUSSANI: El amor a la autenticidad, la exigencia de autenticidad o de libertad que animó un cierto momento inicial de la contestación del 68, nos encontró totalmente de acuerdo. Es decir, que la sociedad fuese más verdadera, que fuese guiada de forma más ejemplar, este no era sólo el deseo de algunos, creo que era un deseo generalizado, de todos. Nuestro nacimiento en 1954 tenía la misma inspiración: crear una humanidad más humana. Citaba siempre una frase del Evangelio que es muy significativa. Dice el Señor: «El que me sigue tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí en la tierra». Y yo decía en clase: «Que no deseéis la vida eterna lo entiendo, porque tenéis poca fantasía; pero seríais necios si no deseais el ciento por uno aquí en la tierra, porque el ciento por uno aquí abajo...».

Nosotros queremos, como los demás, una humanidad mejor, pero una humanidad no puede vivir mejor por sí misma, sola, sólo con sus proyectos, sus fantasías y sus energías.

Esto es lo que queremos decir con el nombre «Comunión y Liberación»: sólo el dilatarse de la comunión que Dios hace posible a través de Cristo, sólo el dilatarse de la comunión entre los hombres que lo reconocen, puede crear oasis de humanidad verdadera.

*

En este tiempo, en el que el Señor me hace pasar por la última cruz de la vida, el octavo salmo de David se ha vuelto un tema normal de meditación para mí. Puesto que lo conocéis bien... Pero, de todas formas, lo leo. «Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra...».

EL RIESGO DE LOS PADRES, LA LIBERTAD DEL HIJO

Recuerdo que los primeros años en mis clases de religión, decía con frecuencia durante las discusiones en clase: «Despojados de todo –a nosotros, al clero–, quitados todo, pero no nos quitéis la posibilidad de educar». Y con amargura tuve que constatar en los años siguientes –porque esto lo decía hace treinta años–, que hemos buscado de todo, pero hemos sacrificado la libertad de educación.

El hombre se desarrolla en virtud de una relación, por el contacto con el otro. El otro es originalmente necesario para que el hombre exista y también para que llegue a ser él mismo, para que sea cada vez más él mismo. Por eso el hombre, para que pueda alcanzar su plenitud, está destinado al horizonte total. Por lo tanto, al menos potencialmente, la educación debe tender a introducir al hombre en la realidad total.

*

El corazón, como lo llama la Biblia, esta hechura original del hombre... Este conjunto de exigencias y el sentido del destino que tienen de exigencias de felicidad y de verdad y del destino al que nos empujan estas exigencias (la Biblia lo llama «corazón», pues el corazón del hombre coincide con las exigencias de verdad, belleza, bondad, justicia, felicidad) es idéntico en todos, ¡en todos!

*

Un padre y una madre son tales no sólo porque den leche primero y después arroz a su hijo según va creciendo, sino porque se dan a sí mismos. Un padre se da a sí mismo al hijo.

*

«Corazón», por tanto, define bíblicamente el criterio último que tiene el hombre para identificar su verdad y el fin de su existencia. Si algo corresponde al corazón, entendido en este sentido, es justo; si no corresponde al corazón, es erróneo, va en contra del hombre. Si corresponde explica, aclara; si no corresponde confunde, oscurece.

Continuamente proponer, esperando contra toda esperanza, esperando en cualquier situación, aprovechando constantemente la ocasión para mostrar la racionalidad de lo que se ha sostenido y de lo que se ha ofrecido, incluso cuando la reacción parece mostrar lo contrario, incluso cuando parece que el propio hijo o el educando es impermeable, incluso cuando evidentemente transite por caminos distintos. Es necesario continuar con este deber paterno y materno, generador, con este dolor del corazón, con esta amargura tremenda; es necesario superar el abatimiento. El riesgo de educar se juega precisamente en este punto, porque nosotros estamos llamados a amar, es decir, a proponer y acompañar en la verificación, para que la persona a la que se propone pueda advertir las razones que nosotros ya hemos madurado. Esto es el amor. No puede consistir en pretender del otro una obediencia que debería llevarle a la persuasión, a una convicción que todavía no se tiene.

El hombre, y por tanto también el propio joven o el chaval, es relación libre con el destino, con el infinito, con Dios, con la verdad y con el bien. Es una relación libre y por tanto son misteriosos los derroteros por los que andará su búsqueda del destino.

*

Plantear un interrogante sobre lo que hemos recibido, lo que hemos conocido, lo que hemos leído, lo que nos sabemos de sobra, es justo: ¡esto es la crítica! En san Pablo se encuentra la más hermosa definición de crítica: *panta dokimázete to kalòn katéchete*. Valoradlo todo y quedaos con lo bueno,

apegaos a lo bello, al valor que las cosas demuestran tener; pues la belleza es el resplandor de la verdad, el modo en que la verdad aparece ante el hombre; valoradlo todo –así crece un hombre hacia su madurez–, valoradlo y quedaos con lo que vale, con lo bueno, con la consistencia, con el interés que tiene para vuestra vida concreta, para vuestra vida de hoy, para vuestra existencia: el valor que cada cosa tiene para la vida.

*

Esteban, el centurión, Pedro... son todas personas que vinieron aquí, que pasaron por aquí ¿Qué predominaba en ellos, qué pensaban?

*

JUAN PABLO II: ¡No permitáis jamás que albergue en vosotros la carcoma de la costumbre, de la rutina, de la vejez! Esto no es una amenaza. ¡Nada de amenazas! Como decía monseñor Giussani, hay algunos jóvenes, otros que son menos jóvenes... y el más viejo sería el Papa... Pero también él como todos los más ancianos –anciano según la expresión de san Pedro–, también él procura mantenerse joven, joven de espíritu.

DURANTE UN MES ENTERO SÓLO LEÍ A LEOPARDI

Conocí a Leopardi en mayo de mi tercer curso de *ginnasio*. Estaba ya en el seminario. Había leído *La noche del día de fiesta*, una poesía que todavía no me había tocado estudiar, y durante un mes entero me entregué únicamente a la lectura de Leopardi. Me lo aprendí todo de memoria y, desde entonces, cada día, repetía de memoria una u otra poesía suya. Hasta el día en que encontré “esa” poesía que se convirtió en mi forma habitual de acción de gracias después de la Santa Comunión. Cuando lo comenté en una reunión de curas (*Gioventù Studentesca* había empezado ya), el Cardenal Giovanni Colombo, que estaba a mi lado, me dijo: «¡Vaya! Si lo hubiese sabido no te habría ordenado sacerdote». Luego escucharemos esta poesía. Menos mal que no lo supo...

De: *A su dama*, de Giacomo Leopardi

Cara beldad, que amor lejos me inspiras o escondiendo el rostro, a no ser que en el sueño, sombra divina me estremizas el corazón, o en el campo en que brille más bello el día o la risa de la naturaleza, ¿tal vez tú el inocente siglo, llamado de oro, embelleciste, o leve entre la gente vuela tu alma? ¿O bien la suerte avara que a nosotros te esconde al porvenir prepara? De mirarte viva, ninguna esperanza me queda; (...)

Si una de las ideas eternas eres tú, a la que de sensible forma no vistió la sabiduría eterna, ni en caducos despojos, lúgubre, probó los afanes de funérea vida; o si otra tierra en sus elevados giros, entre mundos innumerables te acoge; y más bella que el sol próxima estrella te ilumina, y más benigno éter respiras; de aquí, donde el vivir es triste y breve, de ignoto amante este himno recibe.

De ignoto amante este himno recibe. Ignoto amante: el hombre se proclama amante desconocido de esta Belleza encarnada que, aunque no se encuentre por las calles del mundo, por alguna parte estará, quizás en alguna estrella del cielo, en el mundo platónico... Ignoto amante. Yo, ignoto amante tuyo, Dios hecho carne. Tú, ignoto amante mío, que yo ignoro, que no conozco, que yo olvido. El mensaje cristiano como yo lo he conocido coincide, literalmente, con esta identidad, es de forma objetiva esta identidad. Lo que Leopardi expresa como suprema exigencia de poder ver y vivir la relación con la belleza, con la Belleza hecha carne: eso sucedió hace dos mil años.

«El Verbo se hizo carne» quiere decir «la Belleza tomó forma humana; la Justicia tomó forma humana; la Bondad se hizo un hombre; la Verdad es un hombre...». *Quid est veritas? Vir qui adest:*

¿Qué es la verdad? Un hombre vivo y que está presente. Mil ochocientos años después de su Encarnación, el genio de Leopardi profetizó a Jesús. Porque todo genio es profeta de lo verdadero; en cualquier genio verdaderamente humano vive una profecía. ¡Buscad!, y encontraréis lo que anunciaba la profecía. Leopardi es profeta del Verbo encarnado.

UNA FE PERTINENTE A LAS EXIGENCIAS DE LA VIDA

Mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida... una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podría ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, todo, decía y dice lo opuesto a ella.

*

DON GIUSSANI: Ya Eliot tenía algo que decir, y con una cierta seguridad, cuando se preguntaba: «¿Es la humanidad la que ha abandonado a la Iglesia, o es la Iglesia la que ha abandonado a la humanidad?».

ROBERTO FONTOLAN: Siempre me he preguntado: ¿Es una crítica a la Iglesia o a la humanidad?

DON GIUSSANI: Las dos cosas, las dos; porque, primero fue la humanidad la que abandonó a la Iglesia... porque si yo necesito una cosa y veo que se aleja, voy corriendo detrás de ella. Pero nadie corrió tras ella...

ROBERTO FONTOLAN: Y la Iglesia, ¿cuándo ha abandonado a la humanidad?

DON GIUSSANI: La Iglesia ha empezado a abandonar a la humanidad, en mi opinión, en nuestra opinión, porque ha olvidado quién era Cristo, no se ha apoyado en... ha tenido vergüenza de Cristo, de decir quién es Cristo.

*

Toda nuestra debilidad no conseguirá desanimarnos ni detenernos, pues en la misericordia que se revela en la Cruz está la fuente inagotable de esa fuerza luminosa y persuasiva que nos lleva, indómitamente, a reanudar siempre el camino, esperando «contra toda esperanza».

*

La fe es como una gran hipótesis de trabajo que recibimos de la tradición. Pero si falta el trabajo sobre la experiencia, la fe se queda en algo puramente abstracto y se traduce tan solo en ritos o preocupaciones moralistas, mientras que la fe coincide con la vida, es un modo de concebir y de sentir la vida.

*

Nuestra suprema tarea no es la de ser padre y madre, no la de ser periodista o ingeniero, no la de ser militar u obrero, no la de ganar las elecciones o estar bajo el yugo de los poderosos. No es esto: nuestra tarea es la de llevar a todo el mundo el gran mensaje de Cristo.

*

Se me ha dado el don de la fe para que yo lo lleve a los demás, lo comunique. Hemos recibido el don de la fe para comunicarlo, y según esto se juzgará nuestra vida.

Que el hombre conozca a Cristo, que la humanidad conozca a Cristo, esta es la tarea del que es llamado, la tarea del pueblo de Dios, la misión. Os he elegido para que vayáis.

HABÍA NACIDO PARA QUE TODO EL MUNDO LE BUSCASE

«Jesús se volvió y al ver que le seguían dijo: “¿Qué buscáis?”. Le respondieron: “Rabí, ¿dónde vives?”. Les dijo: “Venid y lo veréis”». Esta es la fórmula, *la* fórmula cristiana. El método cristiano es éste: «Venid y lo veréis».

*

Juan y Andrés, los primeros que le escucharon, al volver a sus casas dijeron: «Hemos encontrado al mesías». No entendían qué quería decir «hemos encontrado al mesías», repitieron las palabras que él había dicho. Lo que les había llamado la atención era que en ese hombre había algo extraño, excepcional, incomparable, impensable e impensado, que no se derivaba de nada de lo que conocían antes, pero que se imponía.

*

Imaginad a aquellos dos escuchándole durante varias horas y que luego deben volver a casa. Él les despide y ellos se marchan callados, en silencio, porque les invade la impresión que han tenido de presentir el misterio, de sentirlo. Y después se separan. Cada uno se va a su casa. No se despiden. No es propiamente que no lo hagan sino que lo hacen de otro modo: se despiden sin hablar porque están llenos de lo mismo, los dos son una sola cosa de tan llenos como están de lo mismo. Andrés entra en su casa, se quita la capa, y su mujer le dice: «Pero Andrés, ¿qué pasa? Estás diferente, ¿qué te ha sucedido?». Imaginemos que él, abrazándola, rompiese a llorar y que ella, turbada, siguiese preguntándole: «Pero, ¿qué tienes?». Él seguía abrazando a su mujer, que no se había sentido abrazada así en toda su vida: ¡Era otro! ¡Era otro! Era él pero era otro. Si le hubiesen preguntado «¿Quién eres?», habría dicho: «Me doy cuenta de que soy otro... Después de haber oído a ese individuo, a ese hombre, soy otro». Amigos, esto, sin muchas sutilezas, es lo que sucedió.

*

«Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino». «¿Pero está loco?». No, no está loco. Es el manifestarse de una concepción de la persona, de su yo, de una visión de las relaciones sociales, de un juicio sobre quién es poderoso y quién sirve, de una perspectiva sobre el futuro, de cómo tratar a los hijos. Porque seguramente Zaqueo se enfadaría con su mujer; porque quien maneja mucho dinero es irascible: paciente con los clientes e irascible con su mujer. Después de aquella noche, Zaqueo seguiría enfadándose con su mujer, pero empezó a sentir dolor por ello, a tener cierto malestar; estaba totalmente conmocionado, cambiado.

*

Cuando vio aquel funeral, se acercó enseguida: «¿Quién es?». «Es un adolescente que perdió a su padre hace poco tiempo». Su madre iba gritando y llorando detrás del féretro, no ritualmente como se solía hacer entonces sino como hace la naturaleza del corazón de una madre cuando se expresa libremente. Se abrió paso hasta ella y le dijo: «Mujer, ¡no llores!». Pero, ¿hay algo más injusto que decirle a una mujer viuda cuyo hijo ha muerto, «Mujer, no llores»? Y, sin embargo, era señal de una compasión, de un afecto, de una participación en el dolor que no tenía límites. Le dijo al hijo: «¡Levántate!». Y le devolvió a su hijo. Pero no podía devolverle el hijo sin decirle algo antes; habría quedado distante como un profeta, como un taumaturgo capaz de obrar milagros. Por eso le dijo: «Mujer, ¡no llores!». Y le devolvió a su hijo. Pero primero le dijo: «Mujer, ¡no llores!».

*

Siento cierta vergüenza al comentar esta página, pero os invito igualmente a poner vuestro corazón en lo que es inefable, lo que no se puede decir, pues concierne al misterio de Dios que toca el hombre y al hombre tocado por el misterio de Dios.

Aparte del hecho de que antes le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres más que estos?». Es casi comprensible que Pedro le contestara: «Señor, tú sabes que te quiero». Pero la segunda y la tercera vez Cristo le dice solamente: «Simón, ¿me quieres?», no le dice “me quieres más que...” o “menos que...”.

Tratemos de imaginar el ánimo de aquel hombre llano, rudo, que delante del Señor tenía el alma embargada por el recuerdo de su traición. Su traición era simplemente la epifanía, el epifenómeno, la manifestación repentina de algo que llevaba dentro: aspereza, egoísmo, terquedad, miedo, vergüenza, cobardía, mezquindad; todo esto ¡era él! Todo esto embargaba el ánimo de Pedro, y ante esa pregunta todo esto salía a flote, la traición era como una punta reveladora de lo que estaba debajo. Salía a flote su miseria. La Iglesia nos haría decir: «Para celebrar los Sagrados Misterios, reconozcamos que somos pecadores». ¡Cuántos de nosotros lo repiten cuando la Iglesia nos propone decirlo!

Simón sintió toda su flaqueza, pusilanimidad y mezquindad de hombre; «Simón, ¿me amas más que los demás hombres?»; cuando le dijo: «¡Señor, claro que te amo!», cuando le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; no obstante las apariencias, no obstante todo lo que de mí aparece ante mi conciencia, tú sabes que yo te quiero». «Te amo» significa «te quiero», es decir, «te afirmo, reconozco lo que tú eres para mí y para todos». Es realmente una subversión radical del moralismo y de la justicia hecha con nuestras manos: que aquel pobre hombre, pecador como nosotros, que entre otras cosas acababa de traicionarlo de manera tan indecente –y quizás nuestra memoria haya borrado que pueda habernos pasado también a nosotros–, seguía queriéndole.

Entonces el Señor le dijo: «Te confío la tarea de dar testimonio de mí ante el mundo». Le confió la tarea de dar testimonio de él; le confió sus ovejas, sus corderos, su reino en el mundo a aquel mezquino pecador.

*

Le buscaban pues, en efecto, había nacido para que todo el mundo le buscara. Se conmovió, y de repente –pues, siendo hombre como nosotros, las ideas le venían igual que a nosotros a partir de las circunstancias– le vino a la mente una idea extraordinaria. Cambió el sentido de lo que estaba diciendo y exclamó: «¡No os voy a dar sólo mi palabra sino que os daré a comer mi cuerpo y a beber mi sangre!». ¡El pretexto! Por fin los políticos, los periodistas y los «telepresentadores» de entonces tuvieron un pretexto: «Está loco, ¿quién puede dar a comer su carne?».

Se marcharon todos: «Está loco, está loco» decían, *durus est hic sermo*, «tiene una forma de hablar estrambótica». Hasta que en la penumbra de la tarde se quedó Él solo con los doce de siempre.

«¿También vosotros queréis marcharos?» Y Simón Pedro, el testarudo Pedro, dice: «Maestro, tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero, lejos de ti, ¿adónde iremos?».

Juan y Andrés, y aquellos doce, Simón y los demás, se lo dijeron a sus mujeres, y algunas de esas mujeres se fueron con ellos.

También se lo dijeron a otros amigos.

Y esos amigos se lo dijeron a otros amigos, y luego a otros amigos. Así pasó el primer siglo, y estos amigos llenaron de su fe el siglo segundo al tiempo que también llenaban geográficamente el mundo. Llegaron hasta España a finales del siglo primero y hasta la India en el siglo segundo. Y luego los del siglo segundo se lo dijeron a otros que vivieron después de ellos, y éstos a otros, como una gran corriente que se fue agrandando, como un gran río que crecía, hasta que llegaron a decirselo a mi madre, ¡a mi madre! Y mi madre me lo dijo a mí cuando era pequeño, y yo también digo: «Maestro, tampoco yo comprendo lo que dices, pero si nos vamos de tu lado, ¿adónde iremos? Sólo tú tienes palabras que corresponden al corazón».

*

Una de vosotros –que este año sigue aquí en estos Ejercicios– el año pasado, al final, me escribió esta nota: «Me llamo tal y tal, quería decirte que yo existo. Pido por ti y tú acuérdate de mí. ¡Ciao! Post data: ¡ojalá esto no acabe nunca entre nosotros!». ¡Ojalá esto no acabe nunca entre nosotros! ¡Es lo que esperamos y deseamos!

*

Yo puedo desaparecer, pero los textos que dejo y la continuidad ininterrumpida –si Dios quiere– de las personas indicadas como la verdadera hermenéutica, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido en mí, quedan como instrumento para corregir y suscitar de nuevo; se convierten en el instrumento de la moralidad.

*

Espero que mi vida se haya desarrollado según lo que Dios deseaba de ella. Se puede decir que se ha desarrollado bajo el signo de la urgencia, porque toda circunstancia, o mejor cada instante, ha sido para mi conciencia cristiana búsqueda de la gloria de Cristo.

© 2015 Fraternità di Comunione e Liberazione